





# LAS ANDRÓCTONAS



Eduardo Osorio

# LAS ANDRÓCTONAS



Primera edición: septiembre de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Eduardo Osorio

ISBN: 978-84-18366-68-0

ISBN digital: 978-84-18366-69-7

Depósito legal: M-21130-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A mi hija, a mi madre, a mis hermanas  
y a Corine, por ser las mujeres que inspiran  
cada segundo de mi vida*





En una dimensión paralela a la nuestra... un futuro  
alterno... un futuro oscuro...

Nevaba fuertemente en el exterior del edificio sede del canal de televisión canadiense C.N.T.V. En su interior, Verónica concedía una entrevista sobre el tema de la manipulación genética. Ya estaban llegando al final del programa y la presentadora estaba encantada con las respuestas que había recibido de la experta en genética. Al regreso de los comerciales, la reportera le hizo la siguiente pregunta:

—¿Está Verónica Álvarez satisfecha con lo que está sucediendo en el mundo en este momento?

Verónica se aclaró la garganta rápidamente y mirando a su entrevistadora a los ojos le respondió:

—Bueno, para empezar, muchas gracias por haberme invitado a tu programa. La verdad es que yo estoy muy contenta con el rumbo que llevan las cosas. Niños y niñas con sistemas inmunitarios impenetrables dan como resultado niños y niñas más felices y, madres y padres más felices. ¿Es lógico, no?, menos gastos en salud, menos estrés, mejor sueño. Mejor sueño. Es increíble, pero lo hemos logrado. Nuestra gente duerme mejor. Nuestra gente descansa mucho mejor. Y todo eso se debe en parte a que los niños y las niñas de la actualidad tienen un mejor rendimiento en la escuela y una salud sólida. Todo esto junto se traduce en un mejor

bienestar general. ¡Es lo mejor que nos ha sucedido!, no entiendo por qué siempre hay gente que lo quiere arruinar todo. Dejen que el mundo avance y si no les gusta, regresen a sus cuevas y vivan como neandertales. Las segundas generaciones están mostrando el camino. El camino justo de la humanidad y no hay nada más hermoso que la justicia.

—Vale, sí, la verdad es que yo también lo veo así, pero dime, ¿puedo hacerte una pregunta más? —preguntó con timidez la amable reportera canadiense. Verónica respondió rápidamente:

—Sí, claro, dime —la reportera sonrió levemente, asintió con la cabeza y prosiguió:

—¿Qué opina Verónica Álvarez sobre la nueva ley de procreación que ha sido impuesta en todos los territorios del M.O.U.? Como usted ya se habrá enterado hoy en día, hay que ser mayor de dieciocho años para poder quedar embarazada. Las mujeres que no acaten la ley serán encarceladas, tendrán que abortar y sus ovarios serán removidos. Verónica dirigió la mirada hacia el público y respondió:

—Bueno, la verdad es que todo lo nuevo es chocante. Somos animales de rutina. Estamos acostumbrados a ciertas cosas y no nos gusta el cambio. Pero sinceramente creo que esa ley tiene una intención muy buena. Los niños deben ser criados por adultos. Los niños deben ser concebidos por personas maduras. Una muchacha de quince años no tiene la capacidad para ser madre, pues aún es una niña en cierto sentido. En todo caso yo estoy de acuerdo con la nueva ley.

La reportera le agradeció por haber venido a su programa y Verónica abandonó el estudio de televisión. Se dirigió al aeropuerto en su limusina y se subió a un avión que la llevaría de regreso a Nuevo México para continuar con sus investigaciones. Entre tanto, las segundas generaciones ya oscilaban entre los doce y los trece años. La adolescencia se avecinaba y con ella un cambio hormonal, físico y emocional tremendo. Hasta ahora todo había ido muy bien. Los resultados parecían ser muy satisfactorios y nada parecía

indicar que las cosas podían salirse de curso. Las segundas generaciones relucían de salud, eran altamente inteligentes y poseían una musculatura muy desarrollada. Sobresalían en todas las áreas y eran vistas por las generaciones anteriores como semi-dioses, sobre todo a las chicas, pues el único cambio que la segunda generación masculina había experimentado había sido la obtención de una inmunidad impenetrable.

Pero algo estaba sucediendo... Algo estaba cambiando en las segundas generaciones femeninas y ese cambio se activaba con la llegada de la menarquia, que es la llegada de la primera menstruación. La primera joven de la segunda generación en darse cuenta de que algo raro estaba pasando fue Linda Koel, en Alberta, Canadá. Linda Koel era una muchacha alta para su edad, pues ya medía un metro y sesenta y nueve centímetros a pesar de que solo contaba con doce años. Sin embargo, hacía solo tres meses que había medido un metro sesenta y cinco. Lo que significaba que había crecido cuatro centímetros en tres meses. También había engordado cinco kilos, y su fuerza muscular había aumentado tanto que le había ganado en pulso a su hermano y a su novio. Un pantalón que había comprado hacía cuatro meses ya le quedaba corto, y ya había pasado a su enamorado por un centímetro de estatura. Todo eso la hacía sentirse fea y un poco anormal. Su novio Tom, que no era tonto, trataba de compensarlo todo comprándose botas con tacones altos, usando plantillas gruesas en los zapatos, manteniéndose erguido todo el tiempo, y trataba de hacer como si no le molestaba en lo absoluto la situación para no herir a su novia. Tomás era un muchacho muy positivo y estaba loco por Linda. Pero, aunque no demostraba su preocupación, su mente estaba intranquila. Su novia había estado creciendo mucho los últimos meses y tenía la sospecha de que la causa podía ser la presencia de un tumor en la glándula pituitaria, que es la que produce la hormona de crecimiento, o al menos eso había leído en un artículo de un sitio web especializado en medicina.

Un fin de semana, Linda y Tom se fueron de campamento con sus amigos Edgar y Teresa a una montaña cerca de la ciudad. La

caminata duró seis horas y al llegar los muchachos se ocuparon de conseguir el lugar adecuado para acampar. Después de montar las tiendas de campaña y comer algo alrededor del fuego, cada pareja se retiró a su respectiva tienda. Tres horas después, Linda sintió de repente una ola de calor en su cuerpo. Estaba sudando muchísimo así que se quitó la cobija mientras que Tom seguía enrollado en ella, pues estaba haciendo mucho frío. En un momento dado, Tom le preguntó medio dormido:

—¿No tienes frío? —y Linda respondió con una voz temblorosa:

—No, no tengo frío, amor. Lo que sí tengo es mucho calor, pero tranquilo, sigue durmiendo.

Tom se inquietó un poco y le dijo:

—¿Estás segura, mi amor?, ¿Calor? ¿Estás bromeando? Si me estoy congelando —, y Linda le dijo:

—Sí, cariño. Sigue durmiendo. Me tomé unos calmantes y ya se me está pasando.

Un rato más tarde Linda sintió un enorme dolor en el pecho y algo crujió en su esternón. La muchacha gritó, pero nadie la pudo escuchar pues estaba cayendo una tormenta de relámpagos abrumantes y ensordecedores. Su pecho parecía haberse vuelto un poco más ancho y le ardían los músculos pectorales. Algo parecía estar desgarrándose. Pero como estaba medio dormida y bastante dopada, trató de convencerse a sí misma de que solo era una pesadilla. A los pocos minutos sintió otro dolor. Pero esta vez era su cráneo que parecía estarse ensanchando, haciendo que algunas partes de la cara le ardieran. Y así le sucedió varias veces durante la noche, pero ella siguió autoconvenciéndose de que era una pesadilla como consecuencia de la fiebre, pues unos meses atrás había tenido más de cuarenta grados de calentura y eso le había provocado pesadillas horribles.

Ya se había tragado más de diez analgésicos para aliviar el dolor que sentía en el cuerpo entero y no se explicaba por qué el dolor no se le terminaba de ir. Pero dentro de la confusión y el cansancio se conformó con pensar que era el resultado de la larga caminata que

habían hecho durante el día. De pronto sintió que su ropa interior estaba mojada y al limpiarse con un pequeño papel, se dio cuenta de que era sangre y que su primera menstruación había llegado...

A la mañana siguiente los amigos de la otra tienda se despertaron con toda normalidad y Edgar salió a buscar leña seca para armar la fogata y preparar el desayuno, mientras Teresa fue a buscar agua al río. Edgar ya estaba de regreso con un par de troncos secos cuando escuchó el grito de pánico de su novia. Alarmado por el alarido de la joven, el muchacho soltó los maderos inmediatamente y llegó corriendo al lugar donde estaban las tiendas. Al llegar al campamento, Edgar vio manchas de sangre alrededor de la tienda de sus amigos, que estaba hecha pedazos. Teresa estaba temblando asustada y el joven le pidió que se calmara porque todo iba a estar bien. Entró en la tienda de Linda y Tom, pero solo encontró el cuerpo despedazado de Tom y salió espantado gritando:

—Oh dios mío, oh dios mío no, no puede ser, no puede ser, ¿qué mierda pasó aquí? ¿Cómo puede ser posible?—, se preguntó en voz alta completamente descontrolado. Teresa cayó de rodillas llorando porque le faltaba la respiración, y en ese momento vio unas huellas grandes en el piso. Haló a su novio por el pantalón y Edgar también las vio. Teresa y Edgar comenzaron a buscar una explicación lógica a lo sucedido y concluyeron que algo había atacado a sus amigos y después había huido arrastrando consigo al cuerpo de Linda. Probablemente se trataba de un oso grizzli. Edgar pensó en llamar por ayuda, pero su teléfono celular estaba descargado. Teresa intentó encontrar el suyo, pero mientras buscaba recordó que a esa altitud su teléfono móvil no tendría cobertura, así que le suplicó a su novio que bajaran de inmediato, antes de que regresara aquello que había atacado a sus amigos.

La pareja sobreviviente bajó de la montaña tan rápido como pudo y al llegar a la carretera tomaron un autobús que se acaba de detener para dejar salir algunos pasajeros. Estaban tan sucios y despeinados que una viejecita en el autobús los comenzó a mirar con asco. En la radio del autobús se escuchaba la entrevista que le

hacía un reportero a un experto en genética de la Universidad de Harvard:

«El mundo está mejor que nunca. Estas nuevas generaciones han dado un salto inmenso en la evolución gracias al uso responsable de la ciencia...». Cuando de repente el autobús fue golpeado por algo en el techo. Un sonido ensordecedor aterrizó a todos los pasajeros y el autobús se detuvo. El conductor salió a ver qué había caído sobre el techo del vehículo y cuando miró hacia arriba, a unos cuarenta metros sobre la colina distinguió a un cuerpo grande y musculoso de color grisáceo que gruñía como un león furioso y amenazaba con lanzar otra roca de unos ochenta centímetros de diámetro. El reflejo del conductor fue bueno y se metió velozmente en el autobús. Esquivó la roca que le había lanzado la extraña criatura y logró escapar del lugar. Hundió el acelerador y comenzó a conducir bastante nervioso. Sacó una botella de whisky de una bolsa de papel marrón que tenía en un compartimento secreto y empezó a beber compulsivamente.

La gente lo empezó a criticar, pero él no paró de decir que había visto al Yeti. Que él lo sabía y que su abuela también lo había visto cuando era pequeña. A pesar de ello, los pasajeros del autobús se mantuvieron escépticos alegando que de seguro se había tratado de un oso grizzli. Nadie excepto el conductor del autobús parecía percibir el peligro que se avecinaba...

## LOS PRIMEROS AÑOS DE UNA NIÑA GENIO

Nacida en Ciudad de México en 1963 y emigrada desde muy pequeña a San Diego, California, junto a sus padres Pedro José Álvarez y María Luisa Paredes de Álvarez; Verónica fue desde pequeña una niña muy fuerte y muy emprendedora. A pesar de su frágil contextura física, «Vero», como muchos la llamaban, se distinguía por ser una niña que hablaba con seguridad y desarmaba a niños y niñas de edades superiores con argumentos dignos del mejor abogado. Siendo la mejor alumna de su clase, Verónica provocaba tanto admiración y respeto, como envidia e irritación en la gente con quien convivía e interactuaba. Sobre todo, en los varones número dos, tres y cuatro de la clase. Quienes no se explicaban como una persona del sexo contrario, pequeña, débil y extranjera, les pudiera relegar al segundo, tercero y cuarto puesto de la clase. Debido a esto, el trío de chicos no paraba de intentar hacerla quedar en ridículo con comentarios denigrantes sobre su origen, su cultura, su género y su tamaño. Afortunadamente los pequeños rufianes nunca supieron que la pequeña «Vero» también vivía en El Cajón, uno de los peores suburbios de San Diego.

La muchacha creció viendo a sus padres discutir y en varias ocasiones pudo presenciar el maltrato físico que su padre le propinaba a su madre. Una noche de invierno, dormía la pequeña en su cuarto como de costumbre cuando de repente se levantó a orinar y escuchó a su mamá gritar en el cuarto, suplicándole a su padre

que la dejase dormir porque estaba agotada y no tenía ganas de tener sexo.

—¿Agotada? —dijo su padre un poco irritado y luego continuó—. Si no te he tocado desde hace dos días, mujer.

La agotada mujer respondió molesta:

—Pedro José, por favor, no me toques que quiero dormir. Hoy limpié toda la casa. Estoy levantada desde las siete de la mañana.

—Pero es que te quiero follar, mujer, ¿no ves como estoy de duro? —dijo el hombre insistente, evidentemente afectado por las copas que se había bebido con sus amigos pues se le enredaba la lengua. Luego se escuchó un forcejeo y de pronto el sonido de una cachetada.

—¡Au! ¡Maldita perra, me pegaste! —y luego de dos golpes en seco lo único que resonaron fueron los resortes viejos de la cama en que dormían y el respaldo golpeando la pared más y más fuerte, hasta que se detuvo y Pedro suspiró fuertemente pues había llegado a su anhelado orgasmo. Luego de eso Verónica escuchó el silencioso llanto de su madre hasta que se quedó dormida del cansancio. Al otro día, la niña despertó pensando en lo que había sucedido la noche anterior y no pudo evitar sentir impotencia y culpabilidad, por no haberse sentido lo suficientemente fuerte como para haber intervenido.

Le había provocado tocar la puerta o abrir la puerta para interceder por su madre, pero el pánico le había impedido hacerlo. Conociendo el carácter de su padre y lo irracional que era, lo único que podía lograr era que le pegase a ella también.

Pero peor que el maltrato físico, era el maltrato verbal lo que le producía tanta tristeza y humillación. Su padre humillaba a su madre diciéndole que las mujeres eran débiles, inferiores, estúpidas e incapaces, y que por esas razones él no tenía que estar escuchando tantas tonterías ni responder preguntas sin sentido. Todo lo que su padre quería era no tener que rendirle cuentas a nadie por el dinero que gastaba en alcohol y mujeres de la calle mensualmente, ya que era una suma considerable y no podía justificarlo.



Un día, a la edad de diez años, Verónica se disponía a abandonar la escuela para regresar a su casa, cuando se tropezó con sus tres rivales en el pasillo principal. Los niños la rodearon y vaciaron un vaso de agua helada en su cabeza mientras repetían:

—Las niñas son débiles, los niños son los que mandan.

La niña intentó salir del círculo que formaban, pero cada uno de ellos era individualmente más fuerte que ella y antes de irse tomaron su mochila y la vaciaron en el piso mojado. Verónica recogió sus cosas y llegó a su casa notablemente afectada por el incidente. Subió a su cuarto y no bajó a comer a pesar de la insistencia de sus padres, quienes se preocuparon por su comportamiento inusual. Al día siguiente su madre le preguntó qué le había hecho llorar toda la noche en su cuarto. A lo que Verónica respondió:

—Porque me parece muy injusto que las personas del sexo masculino sean más fuertes que nosotras, las debiluchas del sexo femenino, mamá. Esa diferencia es la que define su dominio sobre nosotras. ¿No te das cuenta? ¿Por qué dios ha sido tan injusto? —y le contó a su madre lo sucedido con los tres niños el día anterior. Su madre la miró con aire de resignación y después de unos segundos de pausa suspiró fuertemente y le dijo:

—Hija, Dios sabe lo que hace. Las mujeres tenemos otras cualidades que los hombres no poseen.

El rostro de Verónica intentó formar una sonrisa mientras pensaba por dentro:

«Debe ser “algo” secreto que no me han revelado hasta ahora». Como si fuese a oír las palabras que justificasen su realidad por completo. Un don extraordinario para derrotar y superar en un 100 % a los arrogantes individuos del sexo opuesto. Pero como su madre no terminaba de decir qué era lo que los hombres no poseían y ellas sí, Verónica interrumpió el silencio y le preguntó:

—¿A qué te refieres, mamá?, vamos, dilo de una vez, madre.

Y su madre le dijo:

—A nuestro sexto sentido, hijita, a nuestra intuición femenina... o simplemente piensa en lo mágico que es poder traer al mundo a un

ser humano. Nosotras compartimos nueve meses el mismo cuerpo con nuestros bebés y eso es algo grandioso. Los hombres no pueden hacer eso. Cada género tiene sus ventajas y sus desventajas.

Verónica suspiró profundamente al escuchar la decepcionante revelación de su madre y decidió no seguir hablando del tema, pues le pareció que estaba perdiendo su tiempo.

Quince días más tarde, un día jueves, su madre fue a buscarla al colegio como de costumbre y al encontrarse con ella cerca de la puerta de salida la abrazó fuertemente y le dio un beso en la mejilla.

Brat, Peter y Ralph (los tres niños que la habían humillado algunos días atrás) caminaban juntos por el pasillo de la escuela. Como de costumbre, molestando a otros niños con sus comentarios y buscando pleito a diestra y siniestra. Cuando de repente Brat, quien era el líder del trío, se dio cuenta de que su compañera de clase salía de la escuela agarrada de la mano de su madre. La tentación del momento era muy grande para dejar pasar la oportunidad, así que, dándole un codazo en el estómago a Peter y a Ralph, Brat llamó su atención y apuntando con el dedo índice de su mano derecha en dirección a donde la chica mexicana iba caminando con su mamá, comenzaron a seguirlas. Caminaron detrás de ellas por varios minutos hasta que estuvieron a dos metros de distancia y pronto se dieron cuenta de que estaban hablando en español.

De inmediato, Brat comenzó a intentar imitarlas y sus secuaces empezaron a reírse de sus ocurrencias. Verónica se dio cuenta inmediatamente, pero prefirió seguir su camino junto a su madre y no darle la menor importancia. Sin embargo, los chicuelos siguieron despotricando de la cultura mexicana con comentarios sobre los hispanos y su comida. Hasta que Brat les preguntó a sus dos amigos:

—Ey chicos, ¿saben qué significa ‘burrito’ en mexicano?

Peter lo corrigió:

—Es español, no mexicano, tonto, jejeje.

Brat se enojó rápidamente y le dio un bofetón a Peter que le rompió la boca. Lo miró fijamente y mientras observaba como

la sangre brotaba del labio inferior de su amigo, inhaló profundamente, exhaló profundamente y luego añadió:

—Si yo digo que es mexicano, es mexicano. ¿Lo tienes claro ahora?

Peter se limpió la sangre con el dedo pulgar de su mano derecha y respondió temblando y sumisamente:

—Sí, está bien, como quieras, Brat.

Entre tanto, Ralph observaba lo que acaba de suceder con mucha frialdad. Sabía que, si intervenía a favor de Peter, Brat arremetería en su contra. Los tres chicos siguieron caminando detrás de la señora de Álvarez y su hija sin decir una palabra, hasta que Brat rompió el silencio y dijo:

—Bueno, ¿dónde habíamos quedado?, ah sí, les preguntaba que, si sabían lo que significaba «burrito» en mexicano —e inmediatamente fijó sus ojos en Peter, retándolo con la mirada a ver si se iba a atrever a llevarle la contraria otra vez. Pero Peter se quedó completamente callado y miró hacia el piso. Ralph levantó la mano y dijo:

—Burrito es una tortilla de harina de trigo que se rellena con carne, jitomate y otros ingredientes.

En ese momento madre e hija se voltearon y se dieron cuenta de que las estaban siguiendo los tres muchachos y que estaban tratando de llamar su atención. Entonces la señora María Luisa le preguntó a su hija:

—¿Son estos los chicos que te molestaron la vez pasada?

Y la niña respondió asintiendo con la cabeza con ojos asustados. La madre de Verónica decidió voltearse otra vez para observar a los chicos cuidadosamente y de pronto su mirada se cruzó con la de Brat. Brat la miró a los ojos con intensidad y les dijo a sus dos cómplices:

—No, Ralph, burrito significa «burro pequeño» en americano. ¿Y sabes por qué?

Entre tanto, Peter seguía callado y se limitaba a escuchar la conversación entre Brat y Ralph sin decir una palabra. Ralph respondió enseguida:

—No, Brat, ¿por qué? —y en ese momento Brat silbó fuertemente para llamar la atención de Verónica. Y cuando vio que madre e hija le estaban prestando atención dijo:

—Pongan atención. Burrito significa «pequeño burro», ¿saben por qué?, porque los mexicanos son pequeños y son brutísimos, jajaja.

Verónica no pudo aguantar la rabia, se acercó rápidamente a Brat y lo abofeteó. Brat, enojado, se puso la mano en el rostro sobándose la mejilla colorada y con los ojos aguados y lleno de rabia gritó:

—Maldita extranjera. Ven acá. Y agarrándola del cabello con fuerza le hizo bajar la mirada hasta que la niña quedó con los ojos en dirección al suelo. Pero en el momento en el que le iba a pegar con la otra mano, la señora María Luisa lo agarró por la muñeca y le dijo:

—Ya basta, niño, suéltala inmediatamente o vas a sentir lo que la mano de una mexicana enfadada puede hacer con tu nariz.

El muchacho se asustó y la soltó. Luego comenzó a gritarles con furia mientras se alejaba lentamente caminando hacia atrás:

—A mí no me toques tú, sucia mexicana. Yo soy un ciudadano americano de raza blanca, nacido en este país. Aquí ustedes no valen nada.

»Aquí ustedes son una plaga indeseada, ¿lo entienden? Nadie los quiere aquí. Regresen a su país de burros. Acá no los queremos. Basura hispánica. Además de ser unas espaldas mojadas, son mujeres, jajaja, quién lo iba a decir.

»Ustedes me dan asco. Mi padre es un soldado americano y tiene muchas armas. No se les vuelva a pasar por la cabeza tocarme con sus sucios dedos. Indios decadentes. Ahorita mismo voy a buscar a un agente de la policía para que les pida su documentación porque lo más probable es que estén ilegales como la mayoría. ¿Sabían ustedes por qué este país es tan grande? Bueno, porque les robamos un buen pedazo a México jejeje, vámonos, chicos, estas mujerzuelas inmigrantes no valen la pena.

La madre de Verónica escuchó las hirientes palabras del amargo niño sin quitarle la mirada de encima y luego abrazó a su hijita con los ojos cargados de lágrimas y le dijo:

—No le hagas caso a ese pobre niño. Dios sabe qué pesadilla lo espera en casa.

Verónica abrazó a su madre y comenzó a llorar en silencio. Una viejecita estadounidense blanca de pelo completamente blanco con grandes lentes de aumento, que había estado escuchando las palabras del muchacho desde la casa del frente, decidió hacer algo al respecto. Cruzó la calle y poniéndose al lado de Verónica y su madre gritó en dirección a los tres niños:

—Niño endemoniado. Esa no es manera de hablarle a otro ser humano. Me da vergüenza de ser una ciudadana estadounidense cuando escucho a gente como tú hablar así. Eres un muchachito muy ignorante y deberías lavarte la boca con jabón, desquiciado mental. Así no se trata a una mujer.

Luego se volteó hacia donde estaba la madre consolando a su hija y les dijo:

—Me llamo Michelle Piechocka. Mucho gusto en conocerlas —y les extendió la mano amablemente.

—¿Están ustedes bien? —añadió la amable mujer.

Verónica se levantó, se limpió las lágrimas con la manga del suéter y le dio la mano a la señora de origen polaco mientras le decía:

—Sí señora, ya estamos mejor. Gracias.

Su madre también le dio la mano sonriendo y un poco aliviada al ver que también existía gente sensible y bien intencionada en los Estados Unidos.

—No es la primera vez que veo a esos niños acosando a otras personas. Hace una semana los vi golpeando salvajemente a un niño de raza china. Lo dejaron bastante malherido al pobre, por cierto. ¿Qué está pasando con la juventud de este país, dios mío?, ¿Por qué tanta agresividad?, eso no es bueno. Pero, en todo caso, debo decirles que ustedes son bienvenidas a los Estados Unidos.

No le hagan caso a las serpientes y culebras que salieron por la boca de ese mocosito. Ustedes se ven muy decentes.

»Y muy dulces también. ¿Les provocaría beberse un té frío? — dijo la amable abuelita.

La señora María Luisa le dio las gracias por las bonitas palabras, pero le dijo que no podían aceptar su invitación porque su esposo las esperaba en casa y tenía que ir a cocinarle algo de comer. Unas calles más al norte de la ciudad, Brat regresaba a su casa después de haberle lanzado una piedra al vidrio de la ventana de una casa del barrio próximo al suyo. La puerta estaba abierta, así que no tuvo que usar la llave. Entró lentamente y vio que su padre estaba tirado en el sofá de la sala pasando la borrachera. Uno de los muros de la sala estaba forrado de banderas americanas y confederadas y otro tenía fotos de su padre uniformado junto a su pelotón en Vietnam. El piso estaba muy sucio, lleno de latas de cerveza vacías estripadas, colillas de cigarrillo, papeles arrugados y restos de hamburguesa y pizza. Trató de llegar hasta su cuarto sin hacer ruido, pero el piso de madera craqueó justamente cuando pasaba al lado de su embriagado padre despertándolo. Después de levantarse y de limpiarse las legañas, el excombatiente de Vietnam le dijo:

—Oh, ahí está mi muchacho. Ven acá, Bratty, tu padre te quiere dar un beso. No tengas miedo. No te voy a hacer daño. Sabes que te quiero mucho. Tal vez haya perdido una pierna y un ojo en las selvas de Vietnam, pero no he perdido mi corazón. Sé que a veces te pego y te grito, pero tienes que entenderme, pequeño. Yo luché por este país. ¿Lo entiendes?, soy un héroe americano y ahora que estoy discapacitado mi propio país me abandona. Me abandona a mí, pero les da la bienvenida a más negros, a más hispanos, a los chinos, a los judíos, y pare usted de contar. ¿Qué carajo está pasando con este país?, nos estamos convirtiendo en una minoría, Brat. Entiéndelo, muchachos como tú son el futuro de este país. Tu generación se convertirá en un par de años en la generación de relevo. Ustedes van a tener que deshacerse de los invasores. Este país fue fundado por europeos, por gente trabajadora, gente

honesto. Así fue como florecimos. Pero si las cosas siguen como van, pronto tendremos a un presidente negro. ¿Te puedes imaginar? Sería el fin del mundo. Pero bueno, dejemos de hablar de eso. ¿Cómo te fue en la escuela?

El niño lo miró asustado, temblando en silencio. La parte delantera de su pantalón estaba completamente mojada y debajo de sus zapatos se había formado un pequeño charco de orina que iba avanzando y creciendo al mismo tiempo. Lentamente, el pequeño tsunami de pipí avanzaba por el piso sucio de la casa y se estaba acercando al zapato de su papá. Al percatarse de eso, el veterano de Vietnam tomó a su hijo por el cuello de la camisa y le dijo mirándolo a los ojos con cara de psicópata:

—Bratty, te has vuelto a mear en los pantalones como una niña. Eres igualito a tu madre. Una mujerzuela —y lo golpeó con el puño cerrado en la cara tumbándolo en el piso. El muchacho comenzó a llorar y una vez que estuvo de pie su padre se le acercó y le dijo:

—Límpiate la boca con un papel, muchacho, y tráeme una cerveza. Brat se levantó rápidamente aun temblando y fue a buscarle la cerveza a su padre. Abrió la puerta del refrigerador y comenzó a ojear en los compartimientos para ver dónde estaban las cervezas. La nevera estaba mugrienta. En la parte de arriba había dos pedazos de pizza vieja. En la parte de abajo había un emparedado podrido y a su lado había dos cervezas en lata. Tomó una de las latas de cerveza y se la llevó a su padre. Su padre le recibió la cerveza con la mano izquierda y lo abrazó con la mano derecha diciéndole:

—Gracias, muchacho.

Suspiró profundamente y luego dijo:

—No fue mi intención pegarte. Aún eres un pequeñín y no debería ser tan estricto contigo. Pero una cosa sí es cierta. Todos los días yo pido por ti. Para que te conviertas en el próximo presidente de este glorioso país.

Luego le dio un beso en la frente y mirándolo a los ojos le dijo:

—Extraño mucho a tu madre y sé que tú también la extrañas, ¿no es cierto? —y Brat le respondió asintiendo con la cabeza. Lue-

go el veterano de guerra le acarició la mejilla diciéndole—. Tú te pareces mucho a tu madre. Ven, siéntate aquí a mi lado y quítate la ropa para que te refresques.

El muchacho ya sabía por dónde iba su padre, así que agitó la cabeza de izquierda a derecha negándose a caer en el juego siniestro del atormentado y retorcido excombatiente. Al ver su reacción su progenitor se molestó y golpeó la mesa de la sala con la palma de la mano. Inhaló aire enojado mientras dirigía su mirada hacia las fotos donde aparecían su ex esposa, Brat y él juntos, exhaló profundamente y le dijo:

—¿Por qué siempre me quieres llevar la contraria, hijo mío? ¿No ves que lo necesito?, necesito el calor que tu madre me daba. ¿Por qué eres tan egoísta? ¿No puedes pensar por un segundo más en mí que en ti?, yo soy quien te cuida. Tu madre nos abandonó por ese banquero barrigón. Tu madre es una zorra. Eso es lo que es. ¿Cómo puede una madre abandonar a su familia por unos cuantos dólares?, eso es prostitución.

»Yo lo tengo muy claro. ¿Te das cuenta de lo que eso implica?, eres un hijo de puta, jajaja. No, hijo, no fue mi intención. Perdóname. Sé que te hago daño, pero no sé cómo dejar de hacerlo. Quítate la ropa para que te refresques y siéntate aquí a mi lado.

Pero como vio que Brat no se movía, le gritó:

—Ahora, mocoso irreverente.

El muchacho se asustó al ver la reacción de su papá y comenzó a desnudarse mientras lloraba en silencio. Al cabo de unos pocos minutos su padre se subió el pantalón, se subió el cierre y se abrochó la correa. Encendió un cigarrillo con los cerillos que estaban sobre la mesa y comenzó a mirar al techo mientras botaba el humo por la boca. Brat tomó sus ropas y se fue a su cuarto rápidamente derramando lágrimas de impotencia y dolor.

Al otro lado de la ciudad, en la casa de los Álvarez, la madre de Verónica le contaba a una vecina lo que le había sucedido con los tres muchachos unas horas antes. Había decidido hablar con la maestra de Verónica para ver si era posible cambiarla de clase y



ponerla junto a otros estudiantes de la escuela para evitar el roce diario con los odiosos jóvenes. Gracias a eso, Verónica comenzó a asistir a otra clase y dejó de frecuentar a sus acosadores.

